

El Horror y delirio de la lima buhonera

Mario Campos



Por las aceras de Lima, quien no camina, vende. Y los que venden, cualquier cosa: juguetes de plástico, brebajes para el amor, papel higiénico... caminan sobresaltados, porque los persiguen los policías azules, tenaces enemigos que les quitan, los golpean y los persiguen, a través de los grandes laberintos ciudadanos.

Terrible está mi ciudad, al promediar diciembre de 1988. Diciembre de estallidos y apagones, terrible está. Y en medio de este diciembre, casi agónico, casi quién sabe, hay un rotundo 2.700 por ciento de inflación, que se ha incrementado al ritmo de los vendedores callejeros.

Han venido de todas partes: de Ayacucho, de Cusco, de Huancavelica, de Huancayo. Poco a poco han venido, de todas partes han llegado. Los botó de sus

tierras el hambre y el terrorismo, dos tipos de muertes, una lenta, otra violenta, pero que sirven para que la gente huya y se salve con lo que tiene, sus manos.

Por eso en las calles de Lima hay miles de manos que levantan muñecas de plástico, metralletas "Rambo", desodorantes, perros y dólares, muchos dólares, que parecen todos los dólares del mundo (del mundo del narcotráfico, más precisamente). Porque en el centro de Lima, los vendedores callejeros más numerosos, los más tenaces y hasta majaderos, son los cambistas, que están en todas partes, con sus calculadoras de bolsillo y su porfía. Dólar, mil, dólar mil quinientos, señor, aproveche, pago bien.

Vendedoras de cigarrillos y caramelos, enfrente de la revista donde trabajo, han dejado esas minucias para entregarse a la venta del dólar y, en demostración de ascenso económico, ofrecen el comercio de la verde moneda con el *walkman* pegado a las orejas. En una mano la calculadora, en la otra el compás del rock, tac, tac, el compás del rock, Bruce Springsteen, tac, tac, tac, Madonna, tac, tac, como una virgen, tac, tac, *Born in the USA*.

Mascaba un chicle Susana cuando se quitó los audífonos. Los gritos de sus colegas, dólar mil, señor, la bulla de los carros, el explosivo trepidar de la ciudad, no impedía, sin embargo, que de los auriculares se escuchara, despacito: "*Estoy orgulloso de haber nacido en los Estados Unidos, por su gente, sus obreros*". Zapatillas Adidas, Calvin Klein apretadito, la Susana de diciembre 88, está lejos, lejísimos de la muchachita huancaína que hace poco vendía cigarrillos. Los dólares, señor, la venta, el padrenuestro y la especulación, tío. En fin, toda esta historia...

Susana, conocida nuestra, muchachita de la cuadra, me dijo que iba a comprarse una bicicleta, apenas llegue "plata del monte", que en su idioma significa apenas lleguen a la esquina de Camaná con Moquegua, en pleno corazón de Lima, unos hombrecitos con unas bolsas inmensas, trayendo dólares desde la selva. Dólares del narcotráfico.

Dólar en torno al Bolívar

El 20 de noviembre de 1924, el presidente Leguía inauguraba el Hotel Bolívar. Se cumplía el centenario de la Batalla de Ayacucho, y el hotel, bellísima construcción de Fred. P. Leigh, se iba a llamar "Ayacucho", pero alguien advirtió que esta palabra quechua significaba "rincón de muertos", como bien podrían comprobar

los peruanos hoy. Puesto que el hotel se levantaba frente al monumento al general San Martín, en la actual horrorosa plaza del mismo nombre, parece que a Leguía se le ocurrió razonar: "frente a un San Martín, sólo puede estar un Bolívar".

El Hotel Bolívar ocupa una manzana enclavada entre la plaza San Martín, con espaldas al jirón Camaná, y flanqueada por la avenida La Colmena y el jirón Ocoña. En este diminuto jirón empezó en 1977, como jugando, la venta paralela de dólares. Desde un costado del Hotel Bolívar, los vendedores de moneda extranjera empezaron a ser los buhoneros más numerosos del centro de Lima.

Pero es que desde Ocoña, la marea cambista, con los años se fue desparramando por Camaná, Moquegua, Rufino Torrico. Fue una invasión lenta, pero poderosa. A una voz misteriosa, sube o baja el dólar de la calle. El afligido gobierno de Alan García pone el dólar oficial en un precio y al ratico, el dólar de Ocoña empieza su disparada. Siempre el doble: 250 intis en septiembre, 500 y más en la calle. 500 a fines de noviembre, 1.000 intis y más a mediados de diciembre.

Son poderosos, los "cambistas". Cruzan los jirones principales con sus minicalculadoras y el nuevo pregón, dólar mil, dólar mil quinientos, señor. Bajo un cielo con nubes espesas, entre las cuales aún no aparece el sol, el centro de Lima jadea y late, gracias a una economía adolorida y "dolarizada". Lima se ha convertido en una ciudad de vendedores callejeros. Las tiendas, los restaurantes están casi vacíos. Todo lo que pueden ofrecer esos negocios se vende en la calle.

Sin embargo, no es diciembre lo que ha espesado las calles de vendedores. Todo el tiempo es así. Diciembre, en todo caso, retrata el nivel de pobreza al que ha llegado el Perú. Y las calles del centro de Lima, diseñan en su laberinto y caos, en sus delirios y hedores, el rostro profundo de un país atravesando por una ominosa crisis.

Aquí en la avenida La Colmena, a unos pasos del lugar en que escribo, se apostan los vendedores de ropa usada. Y en la Plaza San Martín, se apiñan vendedores de papel higiénico, jabones y detergentes. Por la Universidad Villarreal, unas cuadas antes de la Plaza Dos de Mayo, están los vendedores de discos usados, textos universitarios y sánguches de pollo. De regreso, antes del Parque Universitario, están los antiguos vendedores de condones, ahora con promoción y todo "por el SIDA, señor". Cien intis la docena, marca "Sultán", pero antes venían con sabores, y hasta con olor, vea usted.

El retorno de los brujos

Tal vez por la crisis y el miedo al futuro, en esta Lima de ahora han salido a la calle los brujos. También ha sido una invasión silenciosa. Se han apoderado de ciertas esquinas, ciertas calles. Y, claro, crecen, progresan, porque la magia - o eso que llamamos magia, por no saber de qué se trata - ha cautivado los sueños de la gente en Lima, y a ella apelan por amor y para el amor, por temor a la muerte, por la vida, en fin.

Avanzando por Emancipación, cruzando Tacna, antes del mercado de la Aurora, una legión de brujos y curanderos han levantado sus tiendas. Ocupan una cuadra entera. Lo que en algunos pueblos se consulta en voz baja, aquí, en Lima, se hace en la calle, en pleno centro y con publicidad.

Adino Manrique, de Chacupe, en Chiclayo, tiene su historia propia. Siempre tuvo facilidad para adivinar las intenciones de las gentes. Le bastaba una mirada, y a veces una sonrisa, para conocer los sueños y los miedos de las muchachas. Dice que una vez su madre lo sorprendió hablando en sueños sobre el lugar donde había un "entierro", y acertó. Sensitivo, él quería ser poeta. Sólo poeta. Pero había que trabajar, venir a Lima, todo eso. Entró a un banco, se enamoró como loco de una muchacha y metió la mano en la caja. Tres años preso. Adino cuenta que pasó el tiempo leyéndole las cartas a los otros presos. ¿Mi mujer me engaña? Adino respondía con las cartas. Con prudencia, porque hubo uno que se cortó las venas, cuando le dijo que las cartas decían que había una posibilidad, hermano. ¿Me van a declarar culpable? Y Adino, dale con los naipes. ¿Encontrarán el botín?, y así. Fue en la cárcel que Adino descubrió todo lo sensitivo que era. Y fue en la cárcel que Adino descubrió también que los sensitivos suelen serlo con todos, menos con ellos mismos. La muchacha que él amaba, la chica por la cual él desfalcó, se fue con otro. Y él no lo presintió.

- Porque sufrí, porque me abandonaron, porque me quise matar, porque escuchaba boleros todo el día, (ay, cariño, ay cariño, si vieras cómo estoy desesperado por tu ausencia), yo quise dedicarme a ayudar a los enamorados. Y además, porque estuve solo, y porque yo creo que únicamente quienes están solos, son capaces de amar. Cuando salí libre, no supe qué hacer. Estuve por ahí, caminando por la casa de la que fue mi chica. De lejos la veía pasar. ¿Por qué no pude adivinar que me iba a dejar? No me perdonaba eso. Yo podía alertar a los demás, menos a mí. De lejos la veía pasar y estaba linda y me metía en mi cuarto, a tomar ron en mi cuarto, y a escuchar todo el tiempo ese bolero, como metido en mi sangre ese

bolero (tú sabes que mi culpa es adorarte, como un necio, si es cierto como dicen que el pecado tiene un precio, qué caro estoy pagando por quererte, ¡ay cariño!).

- ¿Y cómo fue que se decidió a levantar esta tienda?

- *Tal vez no quise que otros sufrieran. Había que ayudar a los enamorados. Había que ayudar a la gente. Yo quiero a la gente ¿sabe usted? Soy curandero, no soy "malero". Esos hacen daño. Yo curo.*

Los curanderos distinguen dos tipos de enfermedades. Las llamadas "enfermedades de Dios", y las "enfermedades del daño". Sobre estas últimas los curanderos reclaman su poder sugestivo-terapéutico, al atribuirles un origen mágico, que según ellos escapa al conocimiento científico, y que ellos son los únicos capaces de curar.

La competencia por el trabajo, la inseguridad económica, convierten al hombre en la fuente temida de potencial agresión, que toma la forma de "daño".

Adino Manrique sonrío recordando los temores de sus clientes, en su tienda de Emancipación. Uno de los quinientos curanderos establecidos en las calles de Lima, se rasca la barbilla, apoyado en un farol. A sus pies hay infinidad de yerbas, cruces de hierro, santos y pomos con misteriosas sustancias.

Hay un cartel junto a él que dice:

Responsabilidad, respeto, conocimiento, honradez, veracidad.

Y otro:

Se vende: perfumes, pusanga, chamico, florecimientos, "sígueme-sígueme". Preparo seguros.

Otro más:

Se cura: antipatía, amargura, bronca, anticuerpos, angustia, envidia, odio, cólera, lleva-y-trae-el-chisme, mala voluntad, malhumor, mentiroso, ladrón, ocioso, fobias, ansiedades, stress, brujería, personalidad cambiante.

Pirañas, revendedores, etc.

La salud moral y económica de una ciudad puede medirse por lo que se vende... y se roba. Aquí en Lima, los muchachos hambrientos del centro, esos que llaman "pirañas", que caminan en bandadas y duermen en las calles, entre gatos y orines, han empezado a quitarle la comida de sus platos a las gentes. A un amigo le robaron un churrasco unos "pirañas" que entraron a un restaurante a pedir dinero. Rara vez lo hacen. Más bien suelen escoger a un transeúnte y, en grupos de seis, ocho, cubrirlo, treparlo desde los pies hasta la cabeza, hacerlo caer y quitarle todo, con mordiscos, hincones de alfiler...

Algunas "pirañas", entre los 6 y 9 años, acostumbran subir a los microbuses, aporte limeño al surrealismo universal, y ponerse a cantar. Cantan "chicha", horrible engendro entre el huayno y la cumbia. Chicha cantan, "El Proletario", "Provinciano soy", "Colegiala", y en las noches, a todo lo largo del jirón de la Unión, laberinto de gritos que comunica la Plaza San Martín con la Plaza de Armas, sede del Palacio de Gobierno, improvisan números cómicos, imitan a cantantes, mueven el vientre como las bailarinas en la televisión, antes de quedarse dormidos entre las bancas de las plazas, o en cualquier parte, bajo la garúa. A su modo, cuando no asaltan, los "pirañas" son también vendedores de la calle. Venden canciones, chistes, imitaciones groseras de políticos.

Los pobres venden en Lima artículos usados para más pobres. Botitas y mocasines mil veces embetunados, torcidos por el uso, con media suela y taco de jebe. Camisas, pantalones, zapatillas requete usadas, que antes han canjeado en las casas por canastas de plástico, algún juguete, un "Pluto", tachos de basura.

Como los zapatos se ofrecen en las tiendas a 20.000 intis, lo que equivale a un sueldo mínimo mensual, con la llegada del verano, mucha gente está empezando a usar "sayonaras", que en otros países tal vez conozcan como "hawaianas". Aquí en las calles de Lima, se venden repuestos de "sayonaras", el jebe que une la suela, y donde se colocan los dedos. Y tan normal.

Hay de todo, un infierno y un delirio de todo. Y sin embargo es un delirio antiguo, que se fue pervirtiendo, conforme se fue dinamitando nuestra economía, hasta convertir a Lima en una de las ciudades con mayor y más variada concentración de vendedores callejeros del mundo.

Tradiciones peruanas

Ya el cronista Miguel Cabello de Valboa escribía en la Colonia que fue el inca Túpac Yupanqui quien *"mandó a pregonar por todo su imperio que el que quisiese ser mercader, pudiese libremente andar por toda la tierra, sin que persona alguna les fuese molesto, so graves penas"*.

Las actuales ineficaces persecuciones contra los vendedores callejeros, tienen su antecedente histórico en una prohibición colonial contra los ambulantes, dictada en 1594 por el virrey García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete.

En el principio, quienes se dedicaban al comercio ambulatorio eran los mismos españoles y criollos empobrecidos, soldados de escaso botín o marineros sin fortuna, quienes por cuestiones de privilegio racial, disfrutaron de tolerancia por parte de las autoridades virreynales.

Conforme pasó el tiempo, y aprovechando los resquicios de esa tolerancia, los mestizos, negros y mulatos fueron haciéndose ambulantes. Los indios fueron los últimos. La tolerancia española para que pudieran vender en las calles recién llegó en el siglo XVII. Ahora son la mayoría. Siempre fueron la mayoría. Los dueños.

El actual vendedor de cebiche de conchas negras, la de chicha morada, el que ofrece pilas y camisetas de algodón, todos tuvieron venerables antecesores entre los comerciantes callejeros que durante los primeros cien años de vida republicana ganaron reconocimiento como personajes distintivos de Lima.

Tal vez nadie como el pintor popular mulato Pancho Fierro, nacido en Lima en 1809 y fallecido el 28 de julio de 1879, ilustró con su abundante producción acuarelista el espectáculo callejero de la vida limeña del siglo XIX. Pancho Fierro fue un gran observador de los personajes de Lima y su obra está nutrida con los vendedores callejeros de la época, como el anticuchero, fruteros, el vendedor de pescado.

Ricardo Palma y Manuel Ascencio Segura en las letras y Eugene Courrett en la fotografía testimoniaron las actividades de los vendedores callejeros. Tal vez aquí estaría la clave, una de las claves para que el comercio ambulatorio sea en Lima lo que es en nuestros días, porque la sociedad limeña aceptó el comercio informal como una manifestación costumbrista y como parte entrañable de su identidad

cultural. Hoy es otra cosa mucho más profunda y malsana: es la evidencia de una descomposición social, de un malestar histórico, de un caos.

Lima, corazón

El caldo de cultivo para que se desatara la explosión de vendedores callejeros en Lima estaba hirviendo. El centralismo naciente hacía que todas las miradas, de angustia y de esperanza, se dirigieran a Lima, estimulándose los movimientos migratorios. Después, a partir de 1980, el terrorismo, que tuvo y tiene a los provincianos del Perú entre dos fuegos, puso la gota de desborde. Lima es ahora una ciudad invadida por el resto de peruanos. Después de cobijar al 8,9 por ciento de la población del país, Lima ha pasado a albergar al 26 por ciento. Se estima que en los últimos años, los migrantes han aumentado 6,3 veces, de 300 mil a casi 2 millones.

José Matos Mar ha reflexionado sobre el trasfondo sociológico de los fenómenos que hoy se expresan en las calles de Lima. Ha dicho:

"El divorcio entre el Estado y la sociedad, que comenzó a hacerse manifiesto en la década de 1950, ha dado lugar al crecimiento de un sistema de relaciones paralelo a la formalidad, amplio y masivo, organizando a las grandes mayorías de la sociedad cada vez más definitivamente fuera de las normas oficiales y las pautas sobre las cuales se había establecido la vida nacional desde el siglo XIX. Dos sistemas interpenetrados, con metas de débil convergencia, se antagonizan sordamente. Por una parte, el del Estado, sin planes ni proyecto, absorbido en la solución de problemas económicos y políticos que se generan en su relación con las fuerzas que juegan en el orden internacional. Por el otro, la informalidad de los sectores populares, en expansión pujante, proyectándose hacia toda la estructura y espectro de la sociedad y la cultura nacional. Entre las dos, un gran vacío, y la ausencia de opción clara para el desarrollo interno. El Estado peruano ha perdido a las masas como interlocutoras".

Viendo, observando, saliendo a la calle, Matos Mar ha diseñado un exhaustivo mapa de la venta callejera en Lima. Por su tipo de ubicación, el comercio mayormente ambulatorio en la ciudad se realiza desde quioscos, o puestos fijos de madera, en el suelo, en mercadillos, cerca de los grandes mercados como La Parada, uno de los lugares más sórdidos, no sólo del Perú, sino de toda Latinoamérica, y alrededor de los depósitos de carretillas.

Hay épocas o fechas clave que intensifican la venta callejera en Lima. Navidad, por ejemplo, cuando la capital es un laberinto de ruidos y prisas hacia ninguna parte.

Se nutre también la venta callejera en la campaña escolar, con ferias populares organizadas por las municipalidades, ventas ambulantes de cuadernos y uniformes, lapiceros y maletines. Esto es a partir de la segunda quincena de marzo, cuando los padres de familia agonizan por los precios y cuando el Ministro de Educación dice que no, que no es necesario que los niños vayan el 1° de abril, inicio de las clases, con uniforme, porque en vista de la crisis económica, etc., y el 1° de abril todos están con sus uniformes, porque aquí, en el Perú, ser pobre, o parecer pobre (lo que es peor) es terrible.

Lo cual, con la realidad que vivimos, no sólo es terrible, sino dramático.

Hay ferias artesanales en Fiestas Patrias, 28 de julio, San Martín, Te-Deum, desfiles militares, mensaje presidencial y música criolla en radios y televisión, sólo por esta vez, no se vayan a acostumbrar los limeños, viva el rock.

Otra época buena para la venta callejera es la cercana al Día de la Madre, segundo domingo de mayo, cuando los ambulantes compiten ferozmente con los negocios establecidos, ofreciendo a la intemperie cubrecamas, calzones, licuadoras, chompas, "lleve esto a su mamá". Como sabrán, el edipo en los peruanos es muy marcado. Aún se cantan valsos como: "Madre, cuando recojas con tu frente mis besos, todos los labios rojos, que en mi boca pecaron, huirán como sombras, cuando se hace la luz". Y otros no tan notables como: "Felices los que tienen madre, tristes los que la perdieron". Y éste: francamente patético: "Perdóname, Dios mío, si en algo te reprocho, no es justo lo que has hecho, quitándome este amor. Hay hijos inconscientes, que lejos de adorarla, ultrajan a la madre, con sus viles acciones. Yo quisiera tener madre, para poderla cuidar".

Milagros y polvos azules

Otra época preciosa para explicar nuestra idiosincrasia es octubre, procesión del Señor de los Milagros, negros vestidos de morado por toda la ciudad, el presidente cargando las pesadísimas andas (como si todo el mundo no supiera que la procesión va por dentro), y la gente con una expresión tristísima en las calles. En octubre, mes en que se insiste en decir que no hay milagros, se vende, cómo no, el turrón de doña Pepa, sabrosísimo manjar de antigua data, los anticuchos, pancitas y choncholines. Lima se llena de humo. Humo de las zahumadoras y de las

carretillas. Humo de los choclos calentitos. Y ahí va la procesión, seguida no sólo por casi todos los limeños, sino por todos los vendedores callejeros de Lima, lo que sí es un milagro, si no divino, al menos de concentración urbana.

La procesión del Señor de los Milagros retrata nuestra identidad, nuestras contradicciones y conflictos. Los hábitos morados se venden en las calles. Los turronecillos que trajeron a Lima "las moriscas", acompañantes de los españoles conquistadores, se ofrecen de los modos más increíbles. De casa en casa, en carretillas, en las calles cercanas a la histórica Iglesia de Las Nazarenas, en la avenida Tacna. Y todo el tiempo de la procesión, los turronecillos, ya no llevando en tablas el dulce, sino en carretillas y, los que pueden, en triciclos.

Después viene el verano que, a pesar de todo, es una fiesta en Lima. Una fiesta que el sol se obstina en demorar, porque por ese tiempo está que sale y que no sale, como quinceañera. Digo a pesar de todo, porque, vaya si tendremos un verano pobre los limeños. Hay que cambiar de ropa. Viene el sol, el calor, la playa. Pero si no hay plata, hay imaginación, y también hay "Polvos Azules", centro de ubicación de antiguos vendedores callejeros que hoy, concentrados, comercian en uno de los polos de ventas más pujantes de Lima. Son la élite, la aristocracia de la venta callejera. Ellos enfrentan ahora a sus propios "ambulantes", y los botan. Pagan a la policía para que los arroje, chusma, chusma. No se acuerda la vaca cuando fue ternera.

En Polvos Azules hay de todo lo que se pueda imaginar, y más aún. Ahí se concentra, a pesar de ruidosas campañas "moralizadoras", el contrabando que llega de la frontera con el Ecuador, en el norte, y de la frontera con Chile, en el sur. Todo es Taiwán, Corea, cosas así. "Polos", grabadoras, *walkman*, calculadoras, videos, jeans, camisas, cassettes, minicomponentes, planchas. Todo. Polvos Azules es la locura. Y pensar que hubo políticos que se enloquecieron cuando concentraron a los vendedores ambulantes en ese lugar, a un costado del Palacio de Gobierno, en la ribera izquierda del Río Rímac, en la zona antigua de Lima.

La gente "pituca" tiene una zona parecida donde comprar barato, en la calle, porque hasta ellos llegó la crisis. Se llama "Polvos Rosados" y está en el Ovalo Higuiereta, en Surco, al costado del "Humboldt", uno de los colegios más caros del Perú. Ahí también venden de todo, pero es más ordenado y limpio y, claro, no se escucha ni "chicha" ni salsa en sus parlantes; apenas rock.

Formalmente informales

La venta callejera en la Lima de estos tiempos ocupa a los más diversos sectores sociales. Aprovechando las fiestas de fin de año, chicas y chicos de colegios exclusivos como el "Markham", el "Villa María", el "San Silvestre" y el "Santa María" y de academias universitarias como la "Trener" y la "San Ignacio de Loyola", todos de Miraflores, San Isidro, La Molina, etc., se ganan algoito vendiendo polos y artesanía en calles de Miraflores, como Larco, Diagonal; en el Ovalo Gutiérrez de San Isidro y en el "Galax" de Monterrico.

Para ellos no hay persecución, ni palazos, ni, "cholo, fuera de aquí". Dinero sirve para alquilar puestos de calaminas en ferias navideñas en la zona final de la avenida Benavides, en Miraflores y también en Monterrico. Dinero sirve para todo en este país. Como en todas partes. Pero aquí más.

Tutti fruti

Una camisa ahora está en 10 mil intis, la mitad del sueldo mínimo. ¿Quiere una? No sólo está en Polvos Azules, también la tienen en jirón Huallaga, donde usted encuentra, además, todo tipo de confecciones, jeans, faldas, blusas. ¿Se va a casar? ¿Es usted uno de esos locos que se va a casar en el Perú? Entonces necesita vajilla, platos, ollas, sartenes, tazas. Las encuentra en el Mercado Central, un lugar endemoniado, terrible, repleto de gente, con tantos vendedores y tanta mercadería, que de por sí solo serviría para el estudio universal de la venta callejera en el mundo.

Por el Mercado Central hay chifas (restaurantes de comida china), prostitutas que venden otro tipo de cosas, pero que también hacen la calle, fumaderos de opio, y tanto. Es un colmenar, un laberinto que, cuentan, un alcalde quiso desaparecer, incendiándolo, pero ahí está, resurgido de las cenizas. Ahí está ¡tremendo!

Los zapatos se venden ahora en Lima, lo dijimos arriba, a un precio que llega al sueldo mínimo: 20 mil intis. ¿Quiere comprarse un par? Ahí tiene la Plaza Unión, cerca de la Plaza Dos de Mayo, centro de confluencia de todos los obreros de Lima, porque de la Plaza Unión se va uno derecho a la avenida Argentina, que es la zona industrial. En la Plaza Unión, rodeando la Plaza Unión, hay zapatos de todo tipo, de 3 a 6 mil intis. ¿Quién da más?

En las primeras cuadras de la avenida Argentina, languidece de pobreza y abandono un proyecto municipal que quiso imitar a Polvos Azules. La idea era repetir "Polvos", y salió "Las Malvinas" donde invitaron a concentrarse a los vendedores callejeros. Nada. Fracaso. Nadie va a Las Malvinas. La zona es muy peligrosa. Por ahí está "Ramón Cárcamo", centro de venta de droga, de criminales sin fin. Nadie va. Como tampoco nadie va a "Amazonas", con la que quisieron seguir las pautas de Polvos Azules. Imposible: cerca está "Los Naranjos", y ahí matan a la gente, dicen. Y la gente cree. Y no va.

Es tan fuerte la presión de los vendedores callejeros en Lima que, con el tiempo, se organizan y no sólo reformulan Polvos Azules, que parecía un proyecto irrepetible. Ahora están apareciendo en Lima, como hongos, galerías comerciales populares, donde están establecidos, o se establecerán, vendedores ambulantes en camino de integrarse al *establishment*.

Se han construido las "Galerías Plaza Unión", las "Galerías Garcilaso", el "Centro Lima" y otros. En este caso, los vendedores callejeros con "ojo" y con capacidad de trabajo, terminan de propietarios. Pero son la minoría.

Cerco musical

El Parque Universitario, donde por mucho tiempo funcionó la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la más antigua de América, tiene también una historia sabrosa en la venta callejera. Los buhoneros lo cubrieron todo. No dejaron pasto, ni nada. En las ceremonias oficiales, en el Panteón de los Héroes, a un costado de la casona universitaria de San Marcos, era una vergüenza ver cómo la policía tenía que espantar a los vendedores para que las autoridades y los engalonados pudieran entrar sin problemas a depositar las ofrendas florales. Entonces decidieron cercarlo. Ahora el parque cercado está envuelto por un inmenso mercado callejero, donde se han conglomerado vendedores de cassettes piratas. Es un infierno de ruidos. Rock, salsa, chicha, baladas, rancheras. Toda, absolutamente toda la música del mundo, se escucha a la vez. Venden allí también libros usados, revistas, y usted puede hojear un "incunable" mientras a sus oídos llega un vértigo combinado de *"la otra noche regresé borracho hasta los pies, y mis ojos parecían cometas"*, cantada por "Arena Hash", revelación del rock peruano, en tanto que de otro parlante Andy Montañez canta *"casi te envidio, porque a mí también, me gustaría tener otra ilusión, pero yo no puedo, mi amor yo no puedo, mi amor no puedo,*

vivir sin ti", y Chiquetete sigue con que "esta cobardía de mi amor por ella, hace que la vea como una estrella, tan lejos, tan lejos, en la inmensidad".

La Colmena, entre tanto, y toda la Plaza San Martín están casi cubiertas por vendedores de cuadros *horrorosos*, que también están en Miraflores, en el Parque Central, además de los vendedores de artesanía hippie. Estos son los sobrevivientes cuarentones de los "chicos de las flores" de los años 60. Por ese tiempo les dio por regresar a las fuentes, Cusco, Macchu Picchu, onda internalista, John Lennon y, ahora, de vuelta en Lima, barbudos y con ropas andinas, sandalias, trenza, venden aretes, pulseras, carteras, antigüedades, trabajos de madera, incienso. Están en la Plaza San Martín y en el Parque Central de Miraflores. Vendría a ser el sector intelectual de los ambulantes, los pensantes, dicen.

Con los escoberos y vendedores de artículos de paja de Surquillo, los que venden carteras en Alfonso Ugarte, o antenas de TV. Con los cebicheros de Ocoña y los vendedores de perros "finos" en el jirón de la Unión. Con ellos y tantos más, la venta callejera en Lima es un caos organizado para burlar toda norma.

Se calcula que en la actualidad hay más de 100 mil vendedores callejeros en la ciudad, de los cuales, el 54,4 por ciento son mujeres y el 80 por ciento opera en los 15 distritos de menores ingresos, entre ellos, San Martín de Porras, Villa El Salvador, La Victoria, Villa María del Triunfo. Otra gran cantidad corre y se las ingenia en el centro de Lima.

Allí, un espectáculo me conmueve. Niños están vendiendo artículos de Navidad. Algunos no pasan de los 4 años, y están vendiendo por las calles. Cansado por la bulla, porque no entiende mucho las cosas y porque no tiene por qué entender, uno de ellos se ha quedado dormido, junto a su madre, abrazado a un "Alf" de peluche marrón. No lo quiso soltar, y teniéndolo a él y al muñeco en brazos, la mamá se ha puesto a gritar: *Vea el mejor regalo de Navidad; lleve usted el mejor regalo de Navidad; el mejor...*